

Teatro

FIERO AMOR

Carmelo Vilda

"Fiero Amor" generó desde su gestación alicientes soterrados. Había no sólo curiosidad sino también entusiasmo por presenciar la versión teatral sobre la figura y obra de Rómulo Betancourt. No vivimos precisamente tiempos épicos, ni abundan los héroes nacionales. Como en las coyunturas oscuras de la historia han desaparecido los líderes populares para dar paso a segundones sin relumbre. ¿Había un deseo oculto de resucitar las "viejas glorias"?

Tal vez nos estimulaba el asomo a las fuentes, la vuelta al hontanar de nuestra democracia, ahora tan palúdica. ¿Necesitábamos de Rómulo puesto que nos gobierna su Partido? ¿Y cómo sería su imagen en andas de quienes accedieron a la 'edad de la razón' (certificado de primaria) cuando algunos militares insurgentes bombardeaban Puerto Cabello e ingresaron más tarde a la universidad de la mano de Marcuse y soñaba "una posible vía venezolana al socialismo" muerto to cubano-castrista?

Dos veces me hice público. Dos veces intenté buscar un camino, las señales de una interpretación satisfactoria. Dos veces salí decepcionado con la impresión de haber sido testigo de una charada o un galimatías. ¿Desde dónde o a partir de qué núcleo o elemento argumental se debía abordar Fiero Amor?

Por supuesto que Ibsen Martínez no estaba obligado a teatralizar la "historia" santurróna, adeca, oficial de Rómulo. El dramaturgo no es un periodista y tiene derecho a eludir la crónica o la biografía para recrear otros intereses. Pero la desazón se enrareció cuando comprobé que no existía ningún tipo de estructura dramática, ni objetivos, definiciones o círculos concéntricos de un itinerario. Tampoco se aportaba una reflexión creativa, el desarrollo de un conflicto interior, o el planteamiento de una proposición política.

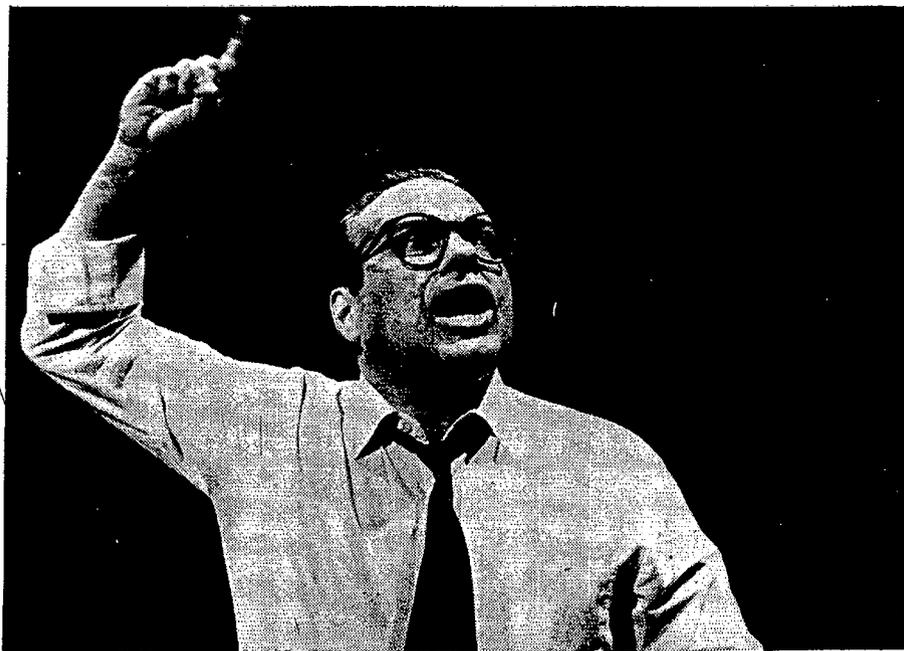
Ibsen Martínez, en la presentación del Programa, advertía: "...esta pieza no podía ser un ejercicio doctrinario. Pretende ser tan sólo un terco homenaje a la figura más transidamente dramática de nuestra América Latina: la figura del reformista, del hombre que escoge el medio de la calle y elude las dos aceras que también son abismos" (stalinismo y reaganismo). Pero en la escena no hay ciertamente nada de esto que anuncia,

tampoco un debate doctrinal ni el desarrollo de una biografía, ni escarceos psicológicos ni aproximaciones periodísticas a su personalidad. Hay sólo un texto sin contextura teatral, un guión torpe que no supera sus propios atoladeros.

A lo largo de las primeras escenas tuve, a ratos, el convencimiento de que había una pretensión desmitificadora. Y me pareció válida como propuesta. Pero al rato se quebraba porque surgían elementos que afincaban precisamente la mitificación de dos o tres gestos de Rómulo, de dos o tres anécdotas, de dos o tres imágenes convencionales de Venezuela, de dos o tres banalidades folklóricas. El retablo final no superaba el lugar común, el emblema, el reverso de la medalla tan tópica como el anverso. El texto de Ibsen sufre muchas recaídas, carece de tersura, es unidimensional, raquítrico. ¿Dónde el vigor, la sustancia emotiva, la corporalidad literaria? Falta soporte intelectual, la reflexión teórica, la consistencia intelectual sobre la que se yergue luego el espectáculo visual. El guión no posibilita una discusión política o un debate sobre la realidad venezolana en determinada época histórica. El enfrentamiento de Rómulo con el Partido Comunista tampoco se constituye en eje motor a pesar de que es sugerido.

También la parodia surge como posible clave interpretativa. Es un género teatral muy antiguo, honorable, con propia identidad. Y hubiera sido un recurso operativo. Pero cuando no es pretendido sino que adviene por carambola, incapacidad o extravío propositivo entonces resulta lastimoso. La alusión alegórica, por ejemplo, a Madame Stael (Carlota Sosa) no cuaja, chirría, es desechada enseguida como trasplante adúltero.

Cabrujas (Director) tuvo que afrontar un texto que no daba mucho de sí. ¿Cómo montar en estas condiciones un espectáculo y enardecer a los actores? Es obvio que tenía que suplir con ciertos alardes escénicos la anemia del guión. Quiso trascender la penuria dramática, violentarlo con imaginación. Intentó suplir con corotos la fuerza interior que faltaba a la obra. Tuvo parpadeos ágiles, efectos eficaces, apoyos de



Gustavo Rodríguez es Rómulo Betancourt

En

FIERO AMOR

de IBSEN MARTINEZ
Con

CARLOTA SOSA PIETRI / *Deborah - Madame de Stael*

FREDDY GALAVIS / *General Márquez*

LUIS RIVAS / *Don Rafael - General Treviño*

ALEJO FELIPE / *Lew Caffery*

ALFREDO SANDOVAL / *Calvo*

GRACIELA ALTERIO / *Emilia*

RAUL MEDINA* / *Tomas*

JAIRO CARTHI / *Pio*

ROBERTO LAMARCA / *Arsenio - Preso*

JULIO ALEJANDRO SOSA PIETRI / *Ariel*

YURY DIAZ / *Willard*

PABLO NUÑEZ / *Bartender*

MARIO OLAVE / *Sargento*

y con ellos

VICTORIA ROBERT - RAUL ROJAS - LELLYS MENA -

ZUDELLYS MENA - JAVIER LEFEBRES - ROBERT PEREZ

Coro: Bailarines, Estudiantes, Reina, Hermana Ariel, Soldados, Damas.

Asistente de Dirección: / *Edith Cermeño*

Escenografía: / *José Salas V.*

Vestuario: / *Juan Arias*

Producción: / *Margarita Corona*

Dirección: / **JOSE IGNACIO CABRUJAS**

* El personaje de Tomas será representado en algunas funciones por Julian Rueda.



luz y de tramoyas. No pudo, resolver del todo, los escollos. La dirección resulta fragmentada, intermitente, con hipos. ¡Cuántos minutos desangelados, ciegos que no sugieren ni articulan nada..! Molesta la falta de ritmo sostenido, de modulación conceptual y formal. Cada escena arranca en frío sin apoyo precedente, a golpe de espasmos.*

José Salas diseñó una escenografía audaz con resultado a veces muy funcional. Al facilitar la entrada o cambio de secuencia añade a la vez movimiento. Pero no compone cuadros estéticos. Los paneles que sirven como

decorados, pantallas y mamparas se suben y bajan o instalan torpemente. Son recursos aprovechados sólo a medias. No se consigue del todo coreografía visuales, plasticidad barroca.

El nivel de actuación se contagia igualmente de la grisácea tónica general. Tuvo que resultar difícil a Gustavo Rodríguez asumir la personificación de un líder carismático empobrecido, no elaborado como personaje teatral. No apasiona ni genera ningún tipo de emoción

o exasperación pasional. Nada de fiero y mucho menos de amoroso. Es Alejo Felipe (Lew Caffery), la presencia-conciencia norteamericana en la vida de Rómulo, quien mantiene algún tipo de unidad temática, muy precaria por cierto. Realiza también él la mejor labor actoral juntamente con Freddy Galavis, José Rodríguez (al menos nos reímos con las patochadas de los dos Generales) y las tres apariciones de Graciela Alterio.

El espectáculo no provocó aplausos ieseos que brotan de la pasión estimulada porque el arte de la dramaturgia los ha ido horneando a fuego lento!